

El laicado: una vocación en la Iglesia y en la sociedad

Francisco Javier Gurdiel Rodríguez

Militante de Acción Cultural Cristiana

Uno de los hechos que constatamos observando la evolución de la sociedad española, en las últimas décadas, es la clara orientación laica que se ha ido instalando en todos los ámbitos de nuestra sociedad. Este carácter secular ha ido impregnando la vida social, política, cultural, etc.

La España católica es hoy un recuerdo del pasado. El modo de vivir y de ser del catolicismo de hoy, es muy distinto al de hace apenas varias décadas. La misma Conferencia Episcopal Española reconoce esta nueva situación de la sociedad y de la Iglesia, al tiempo que apunta el importante papel que en ella juega el laicado: «*La nueva situación de la sociedad, dramática y esperanzadora a un tiempo, y la nueva situación eclesial, con sus luces y sombras, reclaman nuestra atención sobre la situación del laicado en España, y exige nuestra palabra y nuestro compromiso para orientar y promover la corresponsabilidad de los laicos en la comunión y en la misión de la Iglesia*» (*Los Cristianos Laicos Iglesia en el Mundo -CLIM- n. 1.*)

Frente a una sociedad cada vez más alejada, cuando no confrontada, con los valores religiosos, la Iglesia responde con una llamada a

la «Nueva Evangelización», un nuevo impulso evangelizador donde el sujeto de todo el proceso es toda la Iglesia, pero donde los laicos juegan un papel muy importante, hasta el punto de que el CLIM, el documento ya citado de la Conferencia Episcopal sobre el laicado, concluye con la siguiente frase. «*La nueva evangelización se hará, sobre todo, por los laicos, o no se hará*» (CLIM n. 149).

La razón de ser de la Iglesia es evangelizar: anunciar la buena noticia de Jesucristo, testimoniar en vida y con la vida el evangelio, transformar la sociedad en la dirección al Reino de Dios y denunciar lo que de idolatría y de pecado hay en nuestra sociedad. Si la Iglesia renunciase a evangelizar dejaría de ser Iglesia. Pablo VI, en la encíclica *Evangelii Nuntiandi*, lo resume: «*evangelizar constituye ... la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar*».

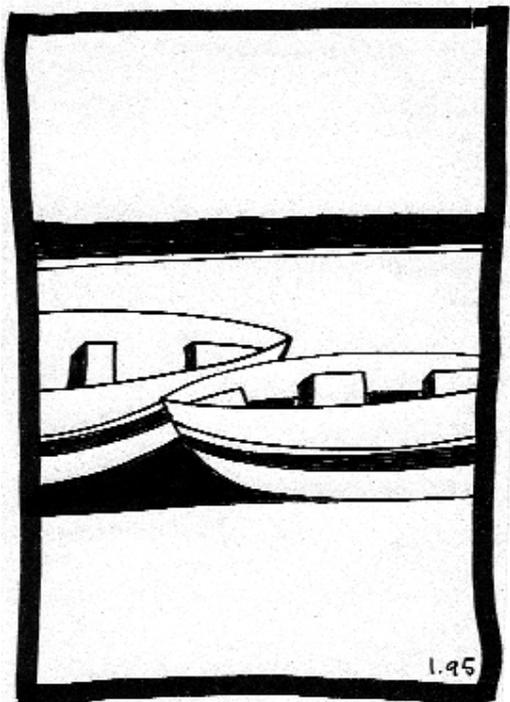
Esta vocación evangelizadora es la propia vocación del laicado. Los laicos son —somos— la Iglesia. De ahí que la propia misión evangelizadora de la Iglesia, sea la misma misión de los laicos. Pero en esta misión compartida, la tarea del laicado tiene, como veremos, unas singularidades y unos rasgos específicos.

Quizás para hacer una radiografía del papel de los laicos en la Iglesia, debiéramos ver algunos rasgos de la realidad de la Iglesia española. No se trata de hacer un análisis exhaustivo, sino de dar unas pinceladas a algunos aspectos, que a mi juicio, son importantes.

¿Qué podemos decir de la Iglesia?

Sociológicamente nuestra Iglesia es una Iglesia de ancianos. Según datos de la Conferencia Episcopal Española «entre el 80-85% de los católicos participantes en la Iglesia, a través de la misa dominical, de la realización de algún servicio o de la pertenencia a alguna asociación apostólica, se sitúa en la franja de edad de los 55 a los 80 años. Alrededor de un 5-10% se ubica entre los 18 y 35 años y, escasamente sobrepasa el 5%, el número de los que hay en la Iglesia con edades comprendidas entre los 35 y 55 años.

Si analizamos la realidad del clero, el panorama no es mas esperanzador. En el estudio «*Declive sacerdotal y cambio estructural en la Iglesia católica en España y los EE.UU. de América*», elaborado



Miguel Ángel Fernández

en 1990, a partir de los datos de 20 diócesis, 10 de aquí y 10 de allí, se realizan algunas proyecciones de futuro que apuntan en la dirección de los antes señalado. Del año 1966 al año 2005, bajo supuestos moderados, ni optimistas, ni pesimistas, la previsión para España es una disminución en el número de sacerdotes diocesanos activos del 70%. En valores absolutos, el tamaño de la población de sacerdotes pasará de 6.454 en 1966, a 1.910 en el año 2005. Son valores promedios. No tiene la misma incidencia en todas las diócesis, pero la tendencia es ésta.

A la disminución del número de presbíteros hay que añadir el envejecimiento paulatino y el estancamiento pastoral. Se mantienen inercias, se vive con un cierto acomodamiento, se hace una pastoral de mantenimiento en lugar de una pastoral realmente evangelizadora. Esto supone una pérdida de plasticidad apostólica, para hacer frente a los problemas cambiantes del mundo de hoy.

La vida de la Iglesia pivota sobre las parroquias, estructuras geográficas y burocráticas, pero con

poca capacidad evangelizadora. En 1989 se celebró el Congreso «Parroquia Evangelizadora». En la ponencia de apertura de dicho congreso se afirma: *«¿Evangelizan nuestras parroquias? Están estancadas. Hay agua en ellas y hay vida, pero están estancadas. Ni corre hacia el mar, ni riega la tierra. Las parroquias siguen representando una posibilidad de misión que no acaba de desplegarse con el vigor evangelizador que nuestra Iglesia necesita»*. La vida de las parroquias es una vida muy rica: Hay muchas actividades (catequesis,

grupos de formación, talleres de oración, etc.), hay mucho calor humano, pero ¿por qué no son capaces de formar militantes cristianos, laicos adultos capaces de dar testimonio de su fe en los ámbitos de la vida y del trabajo, proyectando una presencia misionera y transformadora en los pueblos y ciudades en que se ubica la parroquia?

Por otra parte, la realidad asociativa es muy pequeña, aunque en las últimas décadas se aprecia un incremento de grupos y comunidades que surgen en el seno de la Iglesia (neocatecumenales, carismáticos, etc.). Pero hay que destacar la tendencia marcadamente espiritualista de estos grupos, en los que la fe es un elemento celebrativo y de carácter privado.

Este desplazamiento de la religiosidad hacia ámbitos privados, es recogido por J.I. Calleja: *«así la religión pasa a ser un asunto de opción personal centrada en la esfera de lo privado, para ejercer función de sentido, consuelo, estímulo, calor humanos, etc.»*

Pero la privatización de la fe supone la eliminación de la función

pública, crítica, utópica y liberadora de la esfera económica, social, cultural y política del cristianismo. Lo que a la larga supone una ausencia evangelizadora de la Iglesia en esos ámbitos.

No quisiera terminar el análisis de la Iglesia, sin mencionar otra realidad asociativa a la que voy a denominar: «contra la Iglesia mejor»; son la vieja progresía; muy críticos con la Iglesia, pero tremendamente conciliadores con determinadas opciones políticas y económicas. Una carencia de análisis y una miopía existencial (buscan la utopía desde los consabidos tópicos) son un elemento configurador de estas personas.

¿Y qué podemos decir de los laicos?

Tomando como referencia lo señalado anteriormente, podríamos resumir las carencias más notables que se constatan en el laicado:

- **Clerical**, con distintos niveles de compromiso, pero siempre dentro del ámbito eclesial, sin tener clara la propia dimensión laical.
- **No adulto**, en el sentido de su gran dependencia del sacerdote, al que se contempla como «superior» en el sentido religioso del término, y con el que no se establecen relaciones de corresponsabilidad.
- **No formado**, disponiendo en el mejor de los casos de una formación catequética, incluso litúrgica, pero no con una formación integral que le capacite para actuar en el mundo.
- **Medroso ante el mundo**. Se siente incapaz de enfrentarse al mundo, de luchar contra las injusticias; en el mejor de los casos se hace frente al mundo desde el ámbito privado (tareas profesionales, personales, ... pero sin motivación religiosa), desde un quehacer asistencial o

desde el compromiso «light» con una ONG que no responde a una conversión integral y con rara participación en el ámbito de la política, economía, sindicalismo, etc.

- Con una importante **privacidad** en su forma de vivir la fe, sin ningún peso de la dimensión comunitaria.
- Que relativiza en unas circunstancias el Magisterio de la Iglesia (progresía), y en otras la dimensión crítica, utópica... (espiritualistas).
- Sin un discernimiento serio de la realidad desde el Evangelio, que le ayude a superar esos tópicos.

Frente a este diagnóstico hay que afirmar, con toda contundencia, que si la Iglesia pretende evangelizar este mundo materialista y neoliberal requiere la participación de hombres y mujeres que, viviendo en el mundo, formando la sociedad, sepan hacer una síntesis Fe-Cultura que haga explícito el anuncio de Jesús ante el resto de la humanidad.

Los rápidos cambios sociales y la realidad de la Iglesia, exigen recomponer la dimensión laical de los miles de hombres y mujeres que hoy se sienten Iglesia. Es ésta una tarea urgente, es necesario romper los muros de los templos para salir a la calle, a los barrios, a las ciudades, para en ese ámbito dar testimonio de Jesús de Nazaret. «*No pueden los laicos, hombres y mujeres, centrar su acción apostólica dentro de los límites de la Parrquia*» (*Apostolicam actuositatem*, n. 10).

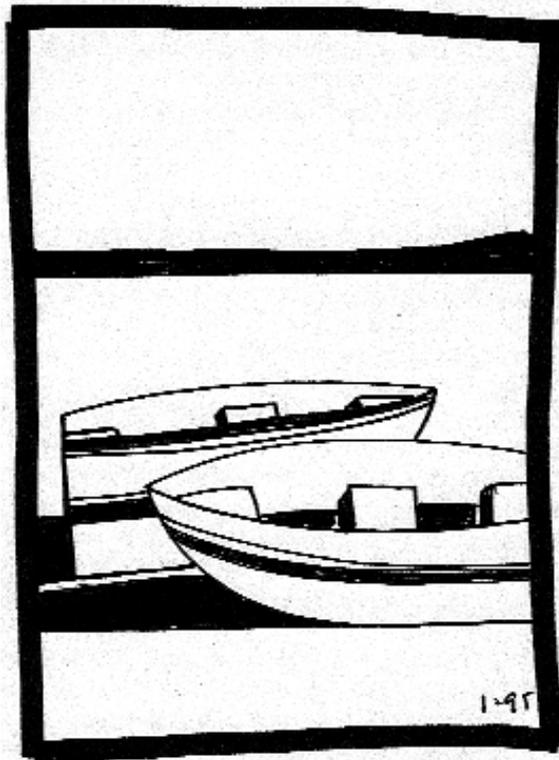
El campo propio de la acción evangelizadora de los laicos es el campo de la política, de lo social, de la economía, de la cultura.... Como apunta la encíclica *Evangelii Nuntiandi*, en el n. 70: «*El dilatado y complejo mundo de la política, de la realidad social, de la economía; así como también de la cultura, de las ciencias y de las ar-*

tes, de la vida internacional, de los órganos de comunicación social; y también de otras realidades particularmente abiertas a la evangelización, como el amor, la familia, la educación de los niños y adolescentes, el trabajo profesional, el sufrimiento».

Sobre la presencia pública de los laicos, el CLIM señala: «*Los laicos cristianos, como ciudadanos de la sociedad con derecho a participar en la vida social y política, no pueden renunciar al deber de participar activamente en la vida pública*» (*CLIM* n. 46). Más abajo, y citando la *Christifidelis laici* en su n. 42, señala: «*los fieles laicos de ningún modo pueden abdicar de la participación en la política*». Es urgente y necesario acentuar esta dimensión.

Y junto a ella hay otras dimensiones que configuran la esencia del laicado, que el Concilio Vaticano II dibuja. En primer lugar la necesidad de una formación integral, que ayude a superar el divorcio entre fe y vida y que estimule el seguimiento de Jesús a través del compromiso; y una vida asociativa que educa en una dimensión comunitaria y eclesial adulta. En estas tres dimensiones (presencia pública, formación integral y vida asociativa) radica lo específico del laico adulto y desde ellas asume la misión evangelizadora que constituye su vocación laical.

En esta misma línea se manifiestan los obispos, a través del CLIM, cuando plantean como opciones pastorales fundamentales la formación integral de los laicos y la pro-



moción de asociaciones de apostolado seglar, dos opciones que no se pueden entender separadamente. Han de ir articuladas. De la unión de ambas depende el logro de un verdadero laicado adulto, evangelizador y con una clara presencia pública.

Por otra parte, la articulación de ambas opciones evita el riesgo de transformar la formación integral, en una formación libresca, alejada de la vida, de inspiración academicista.

Este proceso formativo no puede entenderse como algo añadido a la vida cristiana. Es un medio necesario para el logro de la vocación y de la misión específica del cristiano laico.

La formación integral es una formación para la vida, es un proceso que construye militantes cristianos, es decir, hombres y mujeres que hacen de su vida un compromiso con la construcción del Reino; hombres y mujeres que viven con radicalidad su vocación laical.